

día, el rodar de los carruajes, las voces de mando y el ruido confuso de un cortejo en formación. Pronto apareció el mismo oficial, coronel Palacios, portador esta vez no de un aplazamiento, sino del aviso de que el momento había llegado. Maximiliano se despidió de sus servidores y tendió la mano al doctor Basch, quien al sentir el apretón se desvaneció. Cuando el príncipe transpuso el dintel del Convento de Capuchinos, el sol, un sol de junio, ascendía radiante por el horizonte. «¡Qué hermoso tiempo!, murmuró. Es el que deseaba para el día de mi muerte.» Así el poeta, el soñador, reaparecía al estar próximo a su fin. Muy cerca de la ciudad se erguía una colina llamada el *Cerro de las Campanas*, desde donde se descubría el valle y las montañas, y en la cual Maximiliano, seducido por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, había descansado á menudo. Era allí también donde el último día del sitio había reunido a sus soldados y entregado á Escobedo su espada. Este sitio iba á ser el de su suplicio. Para llegar á él había que atravesar la mayor parte de la ciudad. Los balcones de la carrera tenían las cortinas corridas y los postigos cerrados en manifestación del duelo de sus habitantes. En los alrededores de la colina había reunidos un número bastante crecido de indios atraídos por la curiosidad y también por la simpatía, ya que este príncipe extranjero que iba á morir y que nada dejaría tras de sí, les había llevado en otro tiempo palabras de liberación. Al llegar al punto fijado para la ejecución, Maximiliano descendió del coche y dirigiéndose á Miramón, á quien había tenido mucho tiempo por sospechoso: «General, le dijo, os cedo el sitio de honor.» Y le colocó entre él y Mejía. Luego abrazó á ambos. Los periódicos de entonces han publicado un discurso bastante largo, que se supone pronunciado por el emperador. Es más probable que sólo se limitase á decir algunas palabras; fué un simple deseo, el de que se cerrase la era de proscripciones. Miramón se dirigió también á la muchedumbre: «¡Viva el emperador!, ¡viva México!,» gritó. Mejía, bravo en tantos combates, pensaba en su esposa, en la criatura que acababa de nacer en su hogar, y piadosa, convulsivamente, estrechaba su crucifijo. Los soldados prepararon sus armas: los fusiles se bajaron. Oyóse aún al archiduque pronunciar estas palabras: «¡Pobre Carlota!» Una hora después el cadáver de Maximiliano era trasladado al convento que le había servido de cárcel. El doctor Basch, con mano trémula, contó las heridas: había recibido seis, tres de ellas mortales. Entre los soldados del ejército republicano varios sentían una emoción casi igual á la suya. «Era una grande alma,» dijo el general Palacios levantando el sudario que cubría el pobre cuerpo acribillado (1).

VII

En esta aventura mexicana fué horrible todo, aun lo que siguió á la muerte. La crueldad que se había encarnizado en el príncipe mientras vivía, le persiguió también en sus despojos mortales. En la noche del 19 de junio, á la primera noticia de la ejecución, el Sr. de Lago, ministro de Austria, telegrafió desde Tacubaya:

(1) Véase doctor Basch, *Erinnerungen aus Mexico*, tomo II, página 218.

«Os ruego que me enviéis el cuerpo de Maximiliano para llevarlo á Europa.» Juárez, con toda la terquedad del fanatismo, se había encerrado en el rigor: su contestación fué negativa. Mientras tanto, en aguas de Sacrificios se hallaba apostada la corbeta austriaca *Elisabeth* esperando una señal del príncipe para recogerlo á su bordo. Mandábala el capitán Groeller. Cuando éste se hubo cerciorado de que el único camarote que tendría que preparar sería una cámara mortuoria, rogó al comandante de un buque de la marina federal, anclado en aquellas aguas, que reclamara á Juárez los despojos: «Los restos de un muerto no pueden servir á México, comunicó el americano. Obro con propósitos humanitarios.» Luego, positivo como los de su raza, añadió: «Todos los gastos serán satisfechos.» Hasta aquí los despachos de los Estados Unidos se habían limitado á llegar demasiado tarde: éste, según parece, no llegó nunca, y cuando Mr. Seward, meses después, se extrañó del silencio, le contestaron desde México que nada se había recibido (2). El barón Magnus, después de la ejecución, había regresado á San Luis de Potosí. A su vez, el 29 de junio solicitó lo mismo. Invocaba la voluntad del difunto, voluntad sagrada, aunque fuese la de un príncipe. El ataúd, decía, será transportado sin pompa, sin ceremonia, evitando todo cuanto pudiera excitar la emoción ó sólo despertar la curiosidad del pueblo. El éxito no fué mejor, y el 30 de junio se reiteró la negativa, si bien acompañada con grandes muestras de pesar. En Querétaro el doctor Basch guardaba el cadáver que había embalsamado y que rodeaba de piadosos cuidados. Lo que la diplomacia no había podido arrancar á Juárez, intentó lograrlo invocando su piedad. La petición fué humilde, como convenía á un hombre de posición modesta, sin cargo oficial, sin más título que el afecto. «El ciudadano presidente ha decidido por buenas y suficientes razones no acoger vuestra petición,» tal fué la áspera contestación formulada el 30 de julio por el Sr. Lerdo de Tejada (3).

Decididamente á Juárez le disgustaba soltar ninguna de sus conquistas, y aparentemente el cadáver era una de ellas. Sin embargo, la bandera imperial había sido abatida en todas partes, aun en México y en Veracruz. Marquez, ese campeón de la reacción, había logrado escaparse sin que se pudiese saber en favor de quién había trabajado en los últimos momentos, si para el imperio, para una nueva intriga, ó solamente para su propia salvación. Nuestros nacionales habían regresado á Europa, dichosos con haber salvado la vida y no ambicionando nada más. De la obra francesa no quedaba ningún rastro, apenas algunas ruinas, de suerte que la increíble vejación carecía hasta de un pretexto que la excusase. Austria no podía resolverse á dejar en tierra extranjera al más infortunado de sus hijos. Hizo partir para el Nuevo Mundo á su más valiente marino, Tegethoff, que se había cubierto de gloria en Lissa. El 26 de agosto llegó delante de Sacrificios y solicitó la autorización de ir á México. «Podéis dejarle pasar,» replicó desdeñosamente el ministro de la Guerra. El 3 de septiembre los antiguos abogados de Maximiliano, Martí.

(2) *Papers relating to Foreign affairs*, tomo II, pág. 478, Washington, 1868.

(3) *Papers relating to foreign affairs*, segunda parte, páginas 681-682, Washington, 1868.

nez de la Torre y Mariano Riva Palacio, acompañaron al mensajero al ministerio de Negocios extranjeros. «¿En calidad de qué viene usted?, le preguntó el Sr. Lerdo de Tejada.—He pensado, repuso Tegethoff, que el gobierno mexicano preferiría que yo no viniese con una misión oficial, sino solamente como embajador de una familia, invocando la humanidad, la piedad... Vengo, añadió, de parte de la archiduquesa Sofía.» La súplica era la de una madre y se formulaba por boca de un héroe. La antigüedad hubiese retenido la escena, perpetuándola quizás. Ni la tierna sencillez del ruego, ni la grandeza del enviado, ni la ancianidad de una mujer desconsolada, pudieron arrancar un consentimiento. Las democracias tienen algunas veces singulares durezas. Juárez exigió una reclamación oficial de Austria, ó una petición escrita de la familia del archiduque (1). Así requerido, el jefe del gabinete de Viena, Sr. de Beust,

(1) *Journal officiel de México*, 9 de septiembre de 1867, *Papers relating to foreign affairs*, segunda parte, págs. 680 á 681, Washington, 1868.

se humilló hasta extender una solicitud que parecía ser un reconocimiento del nuevo orden de cosas. Entonces, y solamente entonces, la formalista República se suavizó. La fragata *La Novara*, que había en otro tiempo conducido á Maximiliano á México, esperaba en la costa. Ella lo trasladó á Europa. En Viena el 18 de enero de 1868 abrióse la cripta de los Capuchinos y, en fin, en la sepultura de los antepasados, los tristes restos encontraron su reposo.

Durante este tiempo, en los jardines de Lacken vagaba, presa de la demencia, la emperatriz Carlota, esa Ofelia que espera su Shakespeare. En cuanto á Napoleón, en cuanto á Bazaine, saboreaban lo que les quedaba de prosperidad, pero estaban abocados á una tragedia peor que la que acaba de narrarse. Verdaderamente, una especie de maldición, obrando á la manera del antiguo destino, se cernía sobre la tierra ardiente de México, y de todos los que figuraron en el inexorable drama, ¿quién se atrevería á decir que Maximiliano fué el más desgraciado?

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO

